

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion: por don A. P. M.—A María Santísima (poesía), por don F. Javier Simonet.—El Destierro del Cid (continuacion), por don Antonio de Trueba.—Album de mis Recuerdos, por Maria.—Viajes: De Madrid á Londres (Art. 2.º), por don A. Pirala.—Modas.

EDUCACION.

Ademas de las virtudes que la religion y la moral imponen á la mujer, hay otras mas subalternas que la sociedad exige, y que aunque generalmente no se les considere sino como buenas cualidades, tienen todas las condiciones de la virtud, y su práctica es quizá mas necesaria. Y decimos mas necesaria, porque no á todas horas recibimos una ofensa, que nos cueste trabajo perdonar, ó sentimos una calumnia contra la que nuestra razon se rebele.

Las virtudes sociales, si se nos permite llamarlas así, son de todas las épocas, de todas horas, de todos momentos, y apenas hay situacion de la vida en la que no podamos ejercitarlas. Un ejemplo muy comun nos lo demuestra. Pídenos limosna un anciano desvalido, á quien no podemos socorrer por no llevar dinero: un *perdone vd. por Dios, hermano*, dicho con semblante cariñoso y compasivo, lleva al alma de aquel infeliz el consuelo que no podemos darle físicamente.

Infinito es el catálogo de estos deberes: indicaremos sin embargo los mas necesarios.

La indulgencia, que perdona las faltas de

los demas, aunque no pueda prometerse igual correspondencia para las suyas.

La benevolencia, que disimula, ó hace como que no advierte los defectos ajenos, en contraposicion del deseo que otros muestran de inquirir las faltas mas ocultas.

La compasion, que se apropia las penas del que sufre para dulcificarlas, y que toma parte en la alegria de los que gozan para aumentarla.

La flexibilidad de espíritu, que cede sin resistencia á la opinion contraria, pero juiciosa y fundada, de un compañero ó amigo, y reconoce sin envidia un pensamiento feliz ó un descubrimiento importante.

La solicitud, que previene los deseos ó las necesidades de los otros para evitarles la pena de sentirlos, ó la humillacion de pedirnos auxilio.

La liberalidad de corazon, que pone cuanto está de su parte para complacer á los otros, y que demuestra su sentimiento cuando sus medios no pueden ir tan lejos como su buen deseo.

La afabilidad tranquila, que escucha á los importunos y pesados sin manifestar disgusto, é instruye á los ignorantes sin reprensiones enojosas.

La delicadeza, que al cumplir con los de-

beres de atencion y política demuestra una cordialidad sincera, en lugar del fino y calculado disimulo de las gentes de mundo.

Todas estas cosas, y otras muchas mas que están al alcance de una mujer juiciosa, pertenecen á esta clase de virtudes subalternas, ó de buenas cualidades que hemos procurado definir. La afabilidad, la condescendencia, la sencillez, la mansedumbre, la benevolencia en las miradas, acciones, maneras y palabras, son otros tantos capítulos de este código de moral, tan necesario en la sociedad.

Porque todas ellas son una especie de virtudes sociales, tan útiles como indispensables para el que vive entre seres dotados de razon. En toda reunion de dos personas en que hay necesidad de cambiar palabras, servicios y sentimientos están en su lugar, y ellas constituyen la paz de las familias, que es la panacea universal de las penalidades y aflicciones de la vida. Su práctica evita las disensiones, labra la felicidad doméstica, y es el suave eslabon que une á los miembros de una misma familia. Sobre la fachada de cada casa, ó mas bien en el corazon de cada individuo, debia escribirse este lema: *respeto mútuo, tolerancia reciproca, indulgencia para todos*, que está compendiado en esta sublime sentencia: *Amáos los unos á los otros*.

A. P. M.

LITERATURA.

A. Maria Santísima

con la advocacion de

CONSOLATRIX AFFLICTORUM.

Hoy que vuelve el alma mia
por el celeste favor
que tú le alcanzas, María,
del letargo en que yacia
de amargura y de dolor,

Quiero alzarte humilde y pura
la primera voz, Señora,
de mi afecto y mi ternura,
como en pos de noche oscura
saluda el ave á la aurora.

Cuando al fin de duelo tanto
como á madre te dirijo
mi reconocido canto,
enjuga el postrero llanto
de los ojos de tu hijo.

Madre sí, madre amorosa:
tú de mi primer cariño
fuiste la imágen hermosa,
con quien soñaba gozosa
mi imaginacion de niño.

Entonces único anhelo
eras de mi corazon:
soñar en tí y en el cielo
todo el afán y desvelo
de mi dichosa pasión.

Y cuando del mundo al mar
lancé mi nave en bonanza,
mi niñez al declinar,
te ví en mi cielo brillar
cual astro de mi esperanza.

Después tormentas que alzaron
en mi cielo las pasiones,
tu luz santa me ocultaron,
y fátuo fuego inflamaron
de mentidas ilusiones.

No recuerda sin pavor
mi pensamiento la edad,
en que con culpable error
en otro objeto y amor
busqué mi felicidad.

Mas dicha tan lisonjera
presto mostró sus engaños,
al transcurrir pasajera
en la verde primavera
de mis juveniles años.

Larga época de quebranto
luego para mí empezó,
que aun recuerdo con espanto:
dígalo el surco que el llanto
en mis mejillas abrió.

Yo en mi horrible desventura
con fé al ídolo llamaba
de mi amorosa locura;
y la ingrata me dejaba
á solas con mi amargura.

Mas tú, Madre mia, en tanto,
aunque á mi vista escondida,
con los pliegues de tu manto
secabas mi amargo llanto
y vendabas mi honda herida.

Luchaba con fiebre ardiente
en un lecho de tormento,
cuando sentí de repente
cual fresca brisa tu aliento
sobre mi abrasada frente.

Y al volver de su agonía
con tal regalo mi pecho,
los ojos del alma mía
te descubrieron, María,
velando cabe mi lecho.

Entonces vuelto á la vida
por tu celeste favor,
mi alma reconocida
juró no dar acogida
sino á tu materno amor.

Pues vi con dolor profundo
que tan solo en la ventura
conserva su amor el mundo,
y el tuyo fiel y fecundo
siempre para hacer bien dura.

Después tú en darme favores
y yo en amarte empeñado,
tú has calmado mis dolores,
y yo en mi pecho he cerrado
la herida de otros amores.

Y en el riesgo que mi vida
por vez postrera ha corrido,
cuando epidemia homicida
con gran pesar ha afligido
á esta mi patria querida,

Ni has dejado que cayera
en la dolencia mortal,
ni tampoco que perdiera
padre y hermano á quien viera
gemir en tan grave mal.

Por eso apagado en mí
todo terrenal cariño,
he vuelto á poner en tí
todo el amor que rendí
á tu imagen cuando niño.

Y al llamarte madre mía
gozo de un tranquilo bien,
esperando que algun día
abras á mi fé, María,
las puertas del Santo Eden.

Entretanto único anhelo
serás de mi corazón:
soñar en tí y en el cielo
todo el afán y desvelo
de mi dichosa pasión.

F. JAVIER SIMONET.

Málaga, Julio de 1856.



EL DESTIERRO DEL CID.

(Continuacion.)

Pasmados quedaron el Cid y los suyos al oír á la niña; mas el primero preguntó á esta con ansiedad:

—¿Dónde están mi mujer y mis hijas?

—Señor, en San Pedro de Cardena están, contestó la niña, y se quitó de la ventana.

El Cid inclinó con profundo dolor su noble y gloriosa frente, aguijando en silencio á Babieca para salir de la ciudad. Todos sus caballeros y servidores le imitaron; pero al acercarse á la iglesia de Santa María, el honrado caudillo castellano se detuvo y dijo:

—A San Pedro de Cardena voy, mis honrados amigos, ganoso de abrazar á mi mujer y á mis hijas, porque bien sabéis que há mucho me lloran ausente. Después iré á tierra de moros, donde con la ayuda de Dios, espero ganar la honra y los haberes que mis enemigos malos me quitan. Si entre vosotros hay quienes quieran participar de mi destino, agradecérselo hé de corazón.

Todos cuantos componian la mesnada se apresuraron á jurar al Cid que le acompañarian aunque fuera hasta el fin del mundo.

El generoso caudillo se sintió profundamente conmovido ante aquellas muestras de lealtad, y hubiera querido estrechar contra su corazón á cuantos se las daban.

—Apresurémonos, dijo, á salir de Burgos, que si aquí permanecemos algunos instantes mas, tan hospitalarios y buenos son los burgaleses, y tal es la afición que nos tienen, que nos abrirán las puertas de sus casas, y sin querer concitarémos contra ellos el enojo del Rey. Posarémos en la Glera allende el Arlanzon, y Dios nos mostrará allí el camino que debemos seguir.

Todos siguieron adelante.

Al pasar frente la iglesia de Santa María, descabalgó el Cid, y lo mismo hicieron los que le acompañaban. Hincaron todos los hinojos á la puerta del templo, y después de orar reverentemente un buen rato, tornaron á cabalgar y pasaron la puente de Arlanzon.

IV.

Apenas salieron de Búrgos el Cid y los suyos, comenzó á soplar un recio viento de Levante, que barrió no solamente la niebla que se habia ido acumulando sobre la ciudad, sino tambien los oscuros nubarrones que entoldaban el cielo.

Ya hemos visto que el Cid y sus caballeros, no porque fueran valientes dejaban de ser dados á pronósticos, achaque de aquellos tiempos, mas bien que del carácter particular de aquellos hombres.

El Cid dijo á los que á su lado caminaban.

—Héos dicho, amigos míos, que Dios nos mostraria el camino que debemos seguir, y mis esperanzas se cumplen. ¡Apresurémonos á alejarnos de Búrgos! Conforme nos acercábamos á la ciudad se oscurecia el cielo, faltaba luz á nuestros ojos y alegría á nuestro corazón; á medida que nos alejamos el cielo se esclarece, brilla la luna. Tengo para mí que este es un aviso de Dios; cuanto mas nos alejemos de esta tierra, mas nos acercaremos á la luz y la bienandanza. Salgamos de Castilla; que lejos de ella hemos de hallar la gloria y la libertad que apetecen todos los buenos.

—Señor, respondieron los que estas palabras oían, vuestra opinion es la nuestra, lo que vos determineis eso harémos nosotros.

—Si, continuó el Cid, tornaremos á tierras de moros y pelearémos allí hasta que la fama de nuestros hechos diga á D. Alfonso, y aun al mundo entero, cuán indignos somos de que se nos arroje de Castilla, como el mas ruin de todos los castellanos.

—Ciertamente pasma y espanta el que D. Alfonso, siendo tan esforzado y cumplido caballero, tenga al Campeador en tan poco. Tamaña injusticia pudiera esperarse del conde de Cabra, de los de Carrion, y otros mal llamados caballeros, que desprecian la profesion de las armas, á fuer de ineptos para ejercerla, mas no así del Rey, que con su espada ha ganado ya el apellido de *Bravo*...

—Bien pensais, Minaya, contestó el Cid; no al señor rey D. Alfonso, sino á esos ruines caballeros que habeis nombrado debo el ser echado de la tierra.

—Señor, preguntó Gil, ¿no sospechais en qué pueda fundarse el Rey para desterraros tan airado, que ni aun os dá el plazo de treinta dias que la ley concede á los hijosdalgo.

—Nada sospecho, Gil, ni nada quiero averiguar: D. Alfonso es mi Rey y Señor, y solo me cumple obedecerle como buen vasallo que siempre he sido.

—Señor, exclamó el mancebo agitándose indignado sobre su cabalgadura, renegára yo mil veces de la tierra á quien hubiera servido como vos á la vuestra si me diera el ruin pago que á vos da Castilla....

El Cid miró con severidad al mancebo, como dispuesto á dirigirle una amarga reconvencion; pero vió brillar en su mejilla una lágrima, trocó de repente la severidad en benevolencia, y dijo:

—¡Oh buen Gil, cómo desdicen esas palabras del seso con que hablas siempre!

—Razon teneis, señor, contestó humildemente el mancebo: Castilla no es quien os destierra....

—Castilla, le interrumpió, viste luto al ver el ruin pago que se da á los que bien le han servido. Y aunque ella fuese quien me apartase de su seno, ¿piensas, mi buen Gil, que renegára de ella? Por la honrada madre que me parió que no hiciera tal. Acuérdomé que mi buen padre Diego Lainez me dijo al espirar: «Mnero contento, hijo mio, porque el heredero de mi nombre, heredero es tambien de mi amor á Castilla.

—Señor, dijo Gil, muy niño aun me recogisteis en un campo de batalla, y vos y mi señora doña Jimena me habeis servido de padres. Vos seguís la senda que recorrió el vuestro, dejadme seguir la que recorre el mio. ¡Pluguiera á Dios darme brazo tan robusto y corazón tan animoso como á vos dió para pelear con fruto por la gloria de Castilla! Pero débil y apocado como soy; dejad, señor, que continúe siempre á vuestro lado, participando de vuestras alegrías y vuestras tristezas.

—Si, si, mi buen Gil, exclamó el Cid enternecido; participarás de mis trabajos y mi gloria. Débil era yo cuando por primera vez vestí la loriga y empuñé la lanza para lidiar por la Santa Cruz; pero Santiago de Compostela, mi patron, me niegue su ayuda si no adquiri mas fuerza en un dia pasado en el campo de batalla, que en un año pasado en la blandura y el regalo de mi casa. Rogásteme algunos años há que te dejara encerrar en San Pedro de Cardena, donde el abad D. Sancho te instruyese en las letras, que sabe á maravilla, y accedi de buen grado á tu deseo, creyendo que las letras eran tu vocacion. Aprendistelas, y entonces te inclinaste á la Caballeria.... Bien vengas á ella,

que siempre oí decir que las armas y las letras no están del todo reñidas.

Nuestros interlocutores suspendieron su plática, porque acababan de entrar en la Glera, sitio en que, como ya sabemos, se habían propuesto hacer alto para deliberar acerca de su situación.

V.

A pesar de que su nombre equivalía á arenal, era la Glera un prado

Verde é bien sencillo, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadero para un home cansado,

como hubiera dicho el cantor de Santo Domingo de Silos.

Allá á lo lejos se descubrían vagas y misteriosas las torres de San Pedro de Cardena, cuya vista hizo exhalar un suspiro de alegría á Rodrigo y otro á Gil Diaz, porque allí estaban Jimena y Sol, y Elvira, á quienes ambos amaban entrañablemente, y á quienes no habían visto hacia mucho tiempo.

Descabalaron, pues, en aquel delicioso prado, y caballeros y escuderos se ocuparon algunos instantes en alzar las tiendas, mas por costumbre que por necesidad, pues la temperatura era templada y hermosa.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

ALBUM DE MIS RECUERDOS.

PÁGINA PRIMERA.

LA OFRENDA DE FLORES.

I.

Yo vivia en el campo: á los once años me llevaron á una hermosa quinta, distante un cuarto de legua de la aldea de..... porque mi hermano José necesitaba aire puro, cielo y luz, para no morir como una pobre planta.

Era un niño de diez años, y de extraordinaria hermosura; jamás he visto otro que se le parezca: tenia la tez blanca y transparente como el nácar: los prolongados y abundantes bucles de su cabellera dorada, llegaban hasta sus hombros, y por un

raro capricho de la naturaleza, sus rasgados ojos eran de un negro intenso y afelpado.

Pero su cuerpo estaba entumido, y su color era pálido y enfermizo.

Su carácter era tan dulce, que á pesar de sus padecimientos y de su corta edad, nunca salia una queja de sus labios; sentado en un silloncito de terciopelo verde, permanecía todo el dia con sus pequeñas manos cruzadas.

José me amaba mucho mas que á nuestros demas hermanos: solo él me llamaba *Maria* en casa, y por la noche al acostarle la doncella de nuestra madre, le encargaba que me abrazase por él.

Frente á la puerta de nuestra quinta hay un bosquecillo de álamos jóvenes, que termina por un lado en un riachuelo de agua pura y azulada, y por otro en estensos campos de trigo, cuya verdura se esmalta durante la primavera y los primeros dias del estío de amapolas de grana y blancas margaritas: mi pobre hermano ansiaba el dia para que le vistieran y le llevasen al bosque; colocaban su sillón entre los árboles, y yo me encargaba de cuidarle.

Entonces su boca se entreabria para aspirar el aire puro y embalsamado; colorábanse sus mejillas, se animaban sus ojos, y parecia que la vida corria por sus venas. Batía las palmas gozoso al ver correr una lagartija ó al descubrir al borde del arroyo la parda cabeza de una rana, y todos los dias teníamos este diálogo:

—*Maria*, cógeme un ramo de las flores que mas te gusten.

—Voy á cogerte margaritas.

—Pero ¿por qué prefieres siempre esa florecilla blanca á todas las demas?

—No sé, hermano. En el convento solo ponía á los piés de la Virgen del jardin margaritas y azucenas. ¡Oh, pero sobre todo mis queridas margaritas!

Poco despues, volvía con un ramo de estas flores que habia cortado en el campo vecino. José las besaba, las miraba con verdadera pasión, y las guardaba todo el dia en la mano.

Durante el buen tiempo, comíamos en el bosque: nuestro buen padre, se privaba del placer de vernos á su lado en la mesa, porque José se ahogaba en una habitacion cerrada, y rehusaba todo alimento si yo no comía con él.

Ah! si hubiera sido posible que aquel niño pasase su vida sin mas techumbre que el manto azulado de los cielos, tal vez aun podría estrecharle hoy contra mi corazón!

II.

Era un día caluroso del mes de Julio: sentado mi hermano entre los árboles del bosque, posaba su blanca y enflaquecida manecita por la cabeza de un enorme mastín blanco, con manchas de color de castaña, llamábase Sultan, y él era el compañero de nuestros juegos.

Sentada yo á la orilla del arroyo, trabajaba en una labor de tapicería, y entonaba á media voz una canturía melancólica, muy popular en Aragón.

De súbito un quejido de mi hermano me hizo levantar la frente, y el fiel Sultan, apoyando sus manos en los brazos del sillón, fijó en José la mirada de sus tristes é inteligentes ojos.

Mi pobre hermano estaba pálido y respiraba con dificultad: apoyada la cabeza en el respaldo del sillón, tenía cerrados los ojos, y apretaba las manos contra el pecho.

—¡José, José! exclamé asustada: ¿qué tienes? ¡Ay Dios mío! voy á llamar á mamá.

En el momento en que me levantaba para correr hácia la quinta, ví cerca de nosotros una criada anciana, encargada únicamente de servirnos á José y á mí: traía en la mano una taza de plata llena de sopas de leche, y colocada en una bandejilla del mismo metal; era el almuerzo de mi hermano, que siempre partía conmigo.

—¡Ah Martina! exclamé yo juntando las manos; id á llamar á papá y á mamá, porque José se ha puesto malo.

—Vamos, vamos, señorita, no hay para qué asustarlos, contestó Martina arrodillándose delante de mi hermano, que se quejaba débilmente: está desfallecido, porque anoche no quiso cenar solo; ya se vé, os acostasteis, y no hay medio de hacerle probar nada si no comeis con él; por mas que la señora hizo, no pudo conseguir ni siquiera que tomase una yema: vamos, hijo mío, vamos, sorbed un poco de leche y os aliviareis al instante.

José entreabrió los labios dulcemente al sentir el contacto de la taza que Martina acercaba á ellos, y tragó un poco de leche tibia y azucarada.

—¡Señoritos, compadecéos de mí y de mi pobre hijo que se muere! exclamó detrás de nosotros una voz dulce y juvenil, pero temblorosa y ahogada por el llanto.

Martina, mi hermano y yo, nos volvimos por un movimiento simultáneo, y quedamos atónitos ante el cuadro desolador que se presentó á nuestros ojos.

Á dos pasos de nosotros estaba arrodillada una

jóven que podría tener veinte y seis años; su desnudez era espantosa; llevaba los piés descalzos y ensangrentados; sus largos cabellos, negros como las alas del cuervo, caían destrenzados por la espalda, cubriéndola como un manto de seda: brillaban en sus negros y rasgados ojos una ráfaga de delirio, y lágrimas abrasadoras se veían suspendidas de las espesas fajas de sus largas pestañas negras.

Sus facciones todas eran gruesas, pero hermosas: aquella fisonomía morena, estaba dotada de esa belleza enérgica tan seductora, y que tanto ha conmovido siempre mi apasionada imaginación; no obstante estar flaca en extremo, conocíase claramente que sus formas eran torneadas: sus manos, que cruzaba con ademán de súplica, eran hermosas hasta la perfección.

A nuestros piés había depositado un niño que traía en los brazos, al parecer cadáver, y también casi enteramente desnudo: era atezado como su madre, y como ella hermoso: su edad podría llegar á los cuatro años, y no se comprendía cómo su madre hallándose tan débil y en un estado tan lamentable podía haberlo sostenido en sus brazos.

Ante aquel espectáculo pareció que mi hermano recobraba sus fuerzas; hizome una señal para que me acercase, y apoyado en mi brazo, adelantó los pocos pasos que nos separaban de los mendigos.

—¡Por la Santísima Madre de Dios, señoritos, muévaos á compasión mi amargura, repitió la desdichada, adelantando de rodillas hasta tocar casi nuestros piés: mi hijo se muere de hambre y de sed!

—Perdonad, hermana, y marcháos de aquí, dijo Martina que aun permanecía con la taza en la mano con el tono grosero y duro que usan algunos criados con los pobres. ¡Pues me gusta el atrevimiento! ¡Echarse encima así, sin mas ni mas, y pegarse á los señoritos.... ¡Vaya, vaya, id con Dios á un hospital, que os tiene mas cuenta.

Estas palabras, que nuestra inocencia no pudo interpretar, hicieron enrojecer las mejillas de la infeliz madre: mas por una consecuencia de su carácter fiero, en vez de doblar la frente, la levantó sacudiendo la cabeza con orgullo, y fijando la poderosa mirada de sus grandes y apasionados ojos en la despiadada anciana.

—Vamos, repitió ésta, ¿no me oís? Idos cuanto antes de aquí, vagabundos.

—Traedme agua, Martina, y venid con ella enseguida, dijo mi hermano.

—Para quién?

—Id luego.

La anciana se fué murmurando , porque á mi hermano , segun las órdenes de nuestros padres, nadie podía negarle nada.

III.

A pocos pasos de nosotros estaba Martina, cuando al levantar la cabeza, descubrí entre las rejas de las celosías que daban sombra á una ventana , los negros cabellos de mi madre y una mano de mi padre que se apoyaba en la madera: ambos eran pues testigos presenciales de aquella desoladora escena.

Pronto tornó la anciana criada con un vaso de agua: José que parecia haber cobrado vida, se acercó á la mendiga y le dijo con dulce y conmovida voz:

—Dad de beber á vuestro hijo.

Obedeció la jóven , acercando á los lábios del niño el vaso de agua que Martina le presentaba con malísimo humor: mas la pobre criatura solo pudo tragar algunas gotas, y su cabeza quedó de nuevo inerte sobre las rodillas de su madre.

De súbito tembló ésta: su horrible palidez se hizo mas intensa todavia , y dobló la cabeza sobre el pecho casi enteramente desfallecida ; conociase bien que solo el amor materno sostenia á aquella desdichada.

—¡Aspavientos! picardías! gutoró Martina: estos tunantes estudian muy bien su papel!

—María, exclamó entonces mi hermano , trae mi sopa , corre.

Y tomando una cucharada de leche la hizo tragar á la pobre mujer, que abrió de nuevo los ojos y pasó la mano por la frente , cubierta de helado sudor.

—Vamos, dije yo presentándole la taza; vamos, animáos pobre mujer.

—Comed esa sopa caliente , añadió José.

Los ojos de la infeliz brillaron: en la voracidad de su hambre se olvidó hasta de su hijo , y tragó ansiosamente la taza de sopa que antes devorára con la vista.

—¡Ah, benditos seais mil veces, ángeles de Dios! dijo volviéndome la taza: benditos seais! ahora ya tengo fuerzas para llevar á mi hijo hasta la próxima aldea!

—¿Qué vais á hacer allí? dijo mi hermano.

—¿Cómo te llamas, gitana? preguntó la vieja.

(Se continuará.)

MARIA.



VIAJES.

DE MADRID Á LÓNDRES.

(Viaje panorámico.)

II.

En general no hay motivos de estrañeza en las costumbres francesas; pero no son tampoco absolutamente idénticas á las nuestras. Lo que no deja de llamar la atencion , es el esmero con que son educadas las señoritas. Podrá no ser su instruccion casera tan completa como la de nuestras compatriotas; pero es muy superior la social. Así se las vé adornadas de esa erudicion que, sin ser pedantesca, es encantadora; así se las oyen conversaciones tan sencillas como elocuentes, y que revelan esa instruccion literaria, que hace tan ameno su trato, que obliga al hombre á respetar y considerar á ese sexo tan susceptible de todo lo grande. Es muy frecuente ver viajar solas á las señoras, é ir leyendo ó haciendo alguna labor ligera, que permita el movimiento del carruaje; yo he viajado junto á dos señoritas que iban estudiando en un mapa el pais que recorrian. Mi admiracion, á trueque de parecer indiscreto, me impulsó á conversar con ellas, y vine á saber que eran dos jóvenes de clase menos que mediana, y que habian recibido la educacion que se dá comunmente á todas las francesas que no pertenecen á la alta sociedad; pues aunque nada se omite en estas para su saber y adorno, gozan de menos libertad en la misma instruccion, y de ninguna en su juventud, porque hasta el teatro está vedado á muchas, mientras no gozan de su deseado privilegio de llamarse señoras.

Puede Vd. figurarse, amigo mio, lo observador que estaria yo en estos particulares, de tanto interés para las amables suscriptoras de su periódico, tan ávidas de saber, y cuya ilustracion es el mayor estímulo que los redactores del *Album* recibimos.

Y no serán vanos nunca los mayores esfuerzos que se hagan por sostenerla, por fomentarla; porque ella y la bondad constituyen su mayor encanto, ese halago irresistible, y no sujeto á las tan frecuentes peripecias de la vida. No le destruye el tiempo como á la juventud, antes lo aumenta: tampoco las enfermedades como á la hermosura, que aparece quizá luego mas resplandeciente; no le abate como al ánimo la desgracia, que ella suele ser su mayor estímulo, y no le engrie tampoco la fortuna ni la prosperidad.

Considerando ese encanto como un verdadero dón, que cada uno puede adquirir con mas ó menos brillo, no hay enseñanza pequeña que no deba ser aprovechada; y cuanto contribuye á enaltecer la excelencia de la mujer, debe en mi concepto ser considerado como dogma.

Menos galante el francés que el español, se necesita indudablemente de ese bello talento que poseen las francesas para cautivar los corazones, y los cautivan, aunque no han menester muchas de ese buen *esprit*, porque son bellas; pero no les halaga tanto oírse llamar hermosas, como el que las digan tienen talento, siendo esta la mejor prueba del esmero que ponen en cultivarle.

De aquí el que la mujer en Francia, de cualquier clase y condicion que sea, trate de no ser inferior, ni menos útil que el hombre. Así se vé á las de humilde clase guiando carruajes desde el pescante, y haciendo los oficios del hombre: ellas ocupan los mostradores de las tiendas; ellas llevan con admirable precision y ligereza las infinitas cuentas de todos los que á una hora determinada están comiendo en una fonda; ellas son conserjes de muchos establecimientos públicos; ellas, en fin, reemplazan dignamente al hombre, y hallan en mil ocupaciones una decorosa subsistencia.

Pero me voy estendiendo demasiado, sin pensar que deben ser limitados estos ligeros apuntes, pues no otra cosa es lo que me propongo escribirle.

A. PIRALA.

MODAS.

La Moda se ha estacionado con escasas trasformaciones en los trajes de campo, y aun éstas son debidas mas bien al capricho particular que al gusto general. La forma de los trajes es necesario arreglarla al sitio donde deben lucirse. Así es que se llevan altos ó escotados, con aldeta ó sin ellas: éstos cuadrados á la Pompadour, aquellos abiertos de la cintura abajo, como un chaleco de hombre.

Las telas ligeras exigen un gran cuidado en su corte y adornos: el chaconá, por ejemplo, no puede dejarse caído y lacio como un árbol del desmayo, necesita volantes con rizados ó afollados que le den la armadura necesaria.

Aquí es la ocasion de decir algo sobre esa manía indiscreta y de mal tono de aumentar cada dia mas los ahuecadores de la falda: no bastando ya

la crinolina, se apela á las ballenas y á otras armaduras, que no queremos nombrar, y que hacen parecer á una mujer un tonel andando.

Protestamos en nombre del buen gusto contra esta exageracion ridicula de la Moda, de un efecto tan desgraciado. Tanto como favorece la armadura de una enagua de tela á propósito y bien almidonada, que se ajuste á los movimientos del cuerpo y á las ondulaciones de la falda, perjudican aquellas estravagancias que se despegan con un aspecto enteramente contrario á lo natural.

Nada hay tan elegante en una señora como el saber conservar su vestido sin ajarse ni arrugarse. Recordamos á una dama, muy conocida en la corte de Francia, que se distinguia por su vestir irreprochable, y aun hemos oido hablar del medio que ponía en uso para entrar en un salon tan fresca en su toilette como al salir de su casa: rogaba á su esposo no la acompañase en estas ocasiones, y al entrar en el carruaje se ponía arrodillada entre los dos asientos, dejando descansar su falda sobre ellos, y así la conservaba sin el mas ligero pliegue.

Ocupándonos de la Moda de actualidad, recomendamos un vestido de tarlatana celeste, sembrado de lunarcitos negros. La falda va cubierta por once volantes guarnecidos de un terciopelo negro y de una puntilla de blonda puesta al aire: el cuerpo escotado termina en punta por delante: la manga forma dos huecos en lo alto, y termina en un volante, abierto por delante. Este traje lleva un fichú de lo mismo, escotado por detrás en forma de V, y cruzado por delante: se compone de tres volantes, que se sujetan en el pecho con un lazo de terciopelo negro.

Como el tiempo ha refrescado, hay que ir volviendo á los trajes de seda: en este género es muy lindo uno de grós de Haiti, color de moda, cerrado, y de cuerpo de chaqueta, cuya aldeta, abierta por delante, tiene el vuelo repartido en las caderas y la espalda: sus adornos compuestos de rizados y botoncitos de seda, forman delantal en la falda.

El patron que repartimos con este número es de un cuerpo de vestido: las líneas de puntitos que se ven en el delantero y la espalda, demuestran el sitio donde debe pegarse la berta.

AURORA PEREZ MIRON.

